

Juan Luis  
Cebrián

# CASOS

El poder de los idiotas

JUAN LUIS CEBRIÁN

CAOS  
EL PODER DE LOS IDIOTAS



© Juan Luis Cebrián, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria, 2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 14.872-2020  
ISBN: 978-84-670-6106-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

# I

**E**scribo estas líneas abochornado por el deleznable espectáculo que los responsables de la gobernación del mundo nos regalan a diario, con desprecio a la incalculable pérdida de vidas humanas y al sufrimiento de una sociedad perpleja y aturdida, víctima de sus errores. La desaparición del antiguo orden mundial que emergió en los años cuarenta ha dado lugar a lo que podríamos denominar un nuevo e imprevisible desorden. En casi cualquier lugar de la Tierra las protestas contra el poder establecido, sea cual sea su naturaleza, han crecido de manera fulgurante, alimentadas por la publicidad de las redes sociales a través de las que se convocan. La mediocridad de gran parte de la clase política, elevada mediante el ejercicio del sufragio a las más altas magistraturas en muchas democracias occidentales, es a la vez causa y consecuencia de la situación.

Hay quien se pregunta cómo es posible que tantos países, y tan importantes, estén gobernados por auténticos idiotas. Olvidan que las instituciones de la democracia se basan a fin

de cuentas en la gestión de la ignorancia. El sistema, lejos de aportar por sí mismo soluciones a los conflictos, es un método bastante elemental: se limita al hecho de que los gobernantes sean elegidos y destituidos por la voluntad ciudadana mediante elecciones periódicas, libres y secretas. No garantiza la solución de los problemas, antes bien constituye uno de ellos, y de los más grandes, pues pretende establecer procedimientos y normas que promuevan la igualdad de los ciudadanos en la toma de decisiones, especialmente en la designación de sus representantes. En realidad, la democracia no es la solución a nada, pero debe ser en cambio la condición de todo en un país que aspire a gobernarse en libertad.

¡Libertad! Esta es a la vez meta y sustento de toda democracia. ¿Libertad para qué?, se preguntó Lenin. Libertad para ser libres, le contestó un intelectual español socialista. Se trata de un bien siempre escaso, siempre amenazado, cuyo disfrute reclama una vigilancia constante y una defensa rompedora de prudencias y convencionalismos. A veces pareciera como si las nuevas generaciones no fueran suficientemente conscientes de este hecho, acostumbradas como están en los países democráticos a nacer y vivir libres, pese a todas las cortapisas, limitaciones y miserias evidentes. Estas no hacen sino recordarnos que no existe ningún derecho ni bien absoluto en la Tierra, por lo que es preciso valorar los que tenemos y luchar por ellos.

En gran parte del mundo, allí donde la población puede expresar libremente sus opiniones, es general el menosprecio hacia la clase política, la mediocridad recurrente de su liderazgo y su apropiación indebida de las instituciones, cuya independencia se ve seriamente vulnerada. ¿Cómo se explica —nos

preguntamos— que gente de esa calaña sea la que determine nuestro futuro individual y colectivo? Cuando digo que muchos son idiotas no empleo el término con ánimo ofensivo o de insulto, pese a que algunos lo merezcan, sino en la segunda acepción que registra el diccionario de la Real Academia Española: «Engreído sin fundamento para ello». No es difícil atribuir dicha condición a personajes tan pintorescos como funestos. Hablo por ejemplo de Donald Trump, Boris Johnson, Jair Bolsonaro o Quim Torra. Pero hay otros menos evidentes que no les van a la zaga en méritos para el calificativo, pues en semejante concurso no existe distinción de géneros ni ideologías. Me vienen a la mente algunas féminas, como la vicepresidenta española Carmen Calvo, o la presidenta madrileña, Díaz Ayuso, que bien podrían sumarse a tan deplorable formación. Y otros menos obvios, pero igual de perniciosos, al estilo de Tony Blair o Rodríguez Zapatero. En cualquier caso, idiotas o no, fueron elegidos por sus conciudadanos, de modo que en última instancia no son la causa, sino más bien la consecuencia de lo que sucede en nuestro entorno: serios desajustes en los mecanismos democráticos que, de no atajarse a tiempo, pueden acabar gripándolos.

La aspiración platónica a que nos gobiernen los mejores o los más ilustrados está completamente fuera de lugar. En un célebre artículo sobre el *caso Lewinsky*, la joven acosada sexualmente por el presidente Clinton, Norman Mailer explicaba que, al fin y al cabo, entre los deberes de los políticos se encuentra el de entretener a la gente. Parece que Trump hubiera aprendido mejor que ningún otro la lección. Su promesa fue que no aburriría, y la ha cumplido con creces.

Basta echar una mirada al comportamiento de muchos dirigentes de países emblemáticos para darse cabal cuenta de las debilidades humanas de los poderosos. Nixon era un felón que grababa a ocultadillas las conversaciones con sus visitantes; Lyndon B. Johnson defecaba ante los ojos asombrados de algunos de ellos para demostrarles su poder, aunque en realidad era una costumbre en él despachar sentado en el retrete; Reagan, pese a su experiencia para memorizar los diálogos de las películas que interpretó, rogaba que no le pasaran informes de extensión superior a un folio, cualquiera que fuese el asunto a tratar; Clinton estuvo a punto de ser expulsado de la Presidencia después de que una joven becaria le chupara la polla en el mismísimo Despacho Oval; Mitterrand simuló un atentado contra sí mismo para promover una imagen suya orlada de heroísmo; Andreotti mantuvo oscuras relaciones con la Mafia... Y así podríamos continuar con innumerables ejemplos de personajes cuyo comportamiento moral censurable o su afasia intelectual no impidieron que tomaran a veces decisiones beneficiosas para la comunidad que gobernaban.

Esto funciona así no solo si nos referimos a políticos democráticos. Entre los dictadores podemos citar al de Corea del Norte, ahora desahuciado, Kim Jong-un, o al tirano de Venezuela, Nicolás Maduro, que tratan de compensar su pobreza intelectual y sus tórpidos modales con su saña autoritaria, gracias a la cual pueden mantenerse en el poder e incluso gozar de popularidad entre sus paniaguados seguidores. El terror que despliegan a su alrededor, las torturas a los disidentes, la arbitrariedad de sus decisiones, son métodos comunes no solo destinados a afianzarse en el cargo, sino tam-

bién a ocultar las insuficiencias de su carácter. Por lo demás también ha habido y hay gobernantes ilustrados y no corruptos, admirados en ocasiones por sus ciudadanos, incomprendidos y vapuleados por ellos en las urnas otras veces. Por desgracia no son ni los más numerosos ni los más reconocidos.

Estas circunstancias sugieren la interrogante de si no será que el pueblo se equivoca con frecuencia a la hora de votar. En la reiteración de la permanente campaña electoral española, donde cada pocos meses hemos tenido que acudir a las urnas en años recientes, la apelación a los votantes para que eligieran bien fue frecuente por parte de los candidatos. Votar bien, según cada cual, era por supuesto votarle a él.

Semejante suposición de que el error o la falta corresponde al comportamiento de los electores y no al de los elegidos no es muy novedosa. En los segundos comicios democráticos de la Transición española, que dieron la victoria a la UCD frente a las expectativas triunfalistas del PSOE, el que luego fuera vicepresidente del gobierno, Alfonso Guerra, declaró que el pueblo español se había equivocado. Por no haber votado a los socialistas, se entendía. Como si las votaciones fueran un concurso televisivo, doble o nada, en el que hay que dar las respuestas correctas, en vez de expresar la libre voluntad de cada quien. La conclusión es que, lejos de asumir sus responsabilidades y de analizar sus fracasos, los idiotas que gobiernan el mundo rara vez son capaces de admitirlos. Si las cosas no salen como desean, la culpa es siempre de los demás.

Dado que la democracia es un régimen basado en la opinión pública, la cuestión se complica además con las distorsiones que producen las redes sociales y la eclosión de las nuevas



tecnologías. Tertulianos y tuiteros de lo más extravagante se han convertido en oráculos de sabiduría, *influencers* (influyentes) halagados por los aspirantes al poder, aunque a veces el origen de su prestigio no sea otro que el tamaño de su culo, del que personajes como Kim Kardashian han logrado hacer magnífico negocio. Esta situación es caldo de cultivo predilecto de los enemigos de la democracia. Abrumados como estamos por la vulgaridad de semejantes individuos, no faltan salvadores que pretenden combatirla, y aun censurarla, en nombre de la excelencia. Habida cuenta además del destrozo que generan las redes sociales, el pánico desatado por el ecosistema de Internet entre los guardianes de la ortodoxia analógica es muy parecido al que recorrió Europa tras la invención de la imprenta. Esta fue una auténtica revolución libertaria para su época, que permitió la libre interpretación de la Biblia, aunque también propició catástrofes gigantescas como las guerras de religión, y un desorden geopolítico, por utilizar la nomenclatura actual, que tardó siglos en normalizarse. La reacción contra las innovaciones tecnológicas de nuestros días está bien definida por las políticas educativas que pretenden prohibir el uso de teléfonos inteligentes a los menores como única respuesta a los problemas que su difusión masiva genera. Los idiotas de turno no entienden que lejos de prohibir los cacharros a los jóvenes estudiantes lo que procede es obligarles a usarlos y enseñarles a hacerlo. También se quemaron libros después de Gutenberg y pasaron cientos de años, plagados de sufrimientos padecidos por intelectuales y hombres de ciencia, hasta que se puso en pie un sistema que estableciera una jerarquía de valores, lo que tenemos que agradecer a la Ilustración.

Demasiadas veces he insistido en el hecho de que la sociedad digital representa un cambio de civilización revolucionario. Afecta entre otras cosas al funcionamiento de la democracia representativa, al comportamiento de la economía mundial y a la pervivencia del Estado-nación tal y como lo entendemos desde hace más de doscientos años. Los medios de comunicación en general, y la prensa en particular, forman parte de la estructura de ese sistema que hoy se siente amenazado y que algunos pretenden sustituir por ensoñaciones utópicas, basadas en ideologías periclitadas. Sus voces encuentran, no obstante, justificado eco en las clases medias, acosadas como están por los efectos de la crisis, y en los jóvenes, y no tan jóvenes, preocupados por su futuro personal. En cualquier caso la existencia misma de los periódicos y otros medios de comunicación, tal y como los conocíamos, se encuentra en entredicho. Con ello la formación de la opinión pública, clave para el funcionamiento de la democracia, padece distorsiones considerables. Ante tales amenazas emerge la resistencia al cambio por parte de quienes advierten que se puede cambiar a peor. Pero no existe nada peor que no cambiar.

Los ciudadanos nunca se equivocan cuando votan. Son los líderes quienes anteponen muchas veces su mezquindad y endiosamiento pueril a la interpretación de los deseos y las aspiraciones de los electores, confundiendo con descaro el interés general con sus particulares ambiciones. Ahí reside el motivo fundamental del desapego que siente el electorado hacia la clase política, incapaz como esta es de hacer autocrí-

tica y sustituir a sus demediados dirigentes. La expulsión de los disidentes de los partidos, la tendencia al autoritarismo interno, los rencores ideológicos y personales, la búsqueda de la confrontación en vez del acuerdo, y la apropiación partidista y estúpida del significado de la democracia, cuyas reglas de juego exigen una interpretación común, son signos recurrentes de las patologías que aquejan al sistema.

Nada de esto sería sin embargo tan grave en la democracia de los ignorantes, como la definió Daniel Innerarity, o la democracia de los peores, para utilizar la expresión de Félix Ovejero, si no estuviéramos ante un desafío formidable a nivel global. El desorden creciente de las relaciones internacionales, el penoso comportamiento de los organismos multilaterales, el aumento del autoritarismo y la tendencia popular a renunciar a muchas libertades a cambio de mayor seguridad, ya existían antes de la aparición de la pandemia del coronavirus, pero esta ha impulsado aún más dichas derivas en las sociedades desarrolladas.

Las enfermedades de la globalización afectan a todo el orbe y es inútil querer sanarlas a base de remedios locales. El barullo universal en que nos hallamos, precisamente en una época en la que nuestro mundo podría presumir de ser el mejor de todos los hasta ahora conocidos, no tendrá un final feliz si los poderosos de la Tierra, los sagaces y los estúpidos, no son capaces de encontrar respuestas que satisfagan los anhelos de una población de casi ocho mil millones de almas. Para descubrir las soluciones es preciso antes enunciar los problemas. Como sugirió Octavio Paz en su discurso de recepción del premio Nobel de Literatura, no es que hayamos equivocado las res-

puestas, sino más bien que las preguntas no eran las pertinentes. Pretendo por mi parte ayudar a formularlas con acierto, destapar mendacidades y provocar la indignación necesaria que nos devuelva la fe en nosotros mismos, nos reconcilie con lo que fuimos y nos anime a construir lo que seremos.

La pandemia ha acelerado corrientes que venían de antaño. El desorden global comenzó a fraguarse inmediatamente después del derribo del muro de Berlín en 1989, pero las revueltas juveniles de Mayo del 68 habían sido ya premonitorias de la fatiga del sistema. En España, el esfuerzo democrático posterior a la muerte del dictador Franco ocultó las deficiencias de la propia Transición, empeñados como estábamos todos en el único proyecto de recuperar la libertad. Los estragos de la Guerra Civil, el aislamiento internacional del franquismo y el peso de tradiciones seculares indignas de perdurar, habían conspirado durante décadas contra el progreso y la creatividad de nuestros ciudadanos. Las políticas desreguladoras de Reagan y Thatcher, que promovieron el triunfo de un neoliberalismo salvaje, desembocaron en la crisis financiera de 2008 de la que el mundo salió trastabillado y que desencadenó políticas de austeridad y recortes en numerosos países. El deterioro de la capacidad adquisitiva de las clases medias, que constituyen la base fundamental de todo régimen democrático, galvanizó los sentimientos contrarios al sistema, alentó los temores antiglobalización e impulsó los movimientos populistas, caldo de cultivo del nacionalismo. Frente a la igualdad de los ciudadanos predicada por las revoluciones

burguesas, surgió el reclamo del derecho a la diferencia. Todo se producía además en un ambiente vapuleado por la aparición de las nuevas tecnologías y el desarrollo de Internet, cuya influencia se sintió de manera más inmediata en las generaciones jóvenes, descreídas como ya estaban de la virtualidad de la democracia para satisfacer sus aspiraciones. En ese escenario la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales americanas de 2016 se convirtió de inmediato en el símbolo de los nuevos tiempos. Fue cuando comprendimos con mayor claridad que los idiotas se estaban adueñando de la situación.

Trump llegó a la Casa Blanca con su política del *America First*, que encandiló a los electores del Medio Oeste de su país. La industria americana era ya víctima de la competencia global, fundamentalmente debido al despertar de China. El país más poblado de la Tierra, a base de mantener una política de salarios bajos y vulneración de la propiedad intelectual, había inundado desde hacía tiempo los mercados internacionales, generando desempleo y frustración en las clases trabajadoras de países acomodados. Pero una sabia política educativa y una notable dedicación al trabajo consiguieron hace más de una década que sus productos pudieran competir en excelencia, además de en precio, con los occidentales. China se convirtió en pocos años en la segunda potencia económica mundial, a punto de ocupar el lugar más alto del podio, y acaricia el liderazgo en el desarrollo de la innovación tecnológica y la construcción de la sociedad digital.

Con Trump en la Casa Blanca, el proteccionismo comercial se convirtió en objetivo prioritario de la Administración esta-

dounidense y desató una auténtica guerra en este terreno no solo contra Beijing, sino también contra Europa. No es esta la única amenaza para el desarrollo de Occidente y la construcción de un universo geopolítico equilibrado que permita gobernar la globalización. Alentado inicialmente por viejos tiburones del ala derecha del partido republicano, el presidente americano impulsó el retorno a la Guerra Fría, en su más clásica definición, con la denuncia del tratado de seguridad nuclear con Irán.

Los males venían de lejos, pero este fue el signo más evidente de que el mundo estaba cambiando nuevamente para peor. Al mismo tiempo puso de relieve, una vez más, la debilidad institucional y el deterioro de los organismos multilaterales encargados de velar por el mantenimiento de la paz y la mejora de las relaciones entre los diferentes países. Aunque el presidente francés y la canciller alemana reaccionaron ofreciendo seguridades al régimen de Teherán respecto al cumplimiento por su parte de los términos del acuerdo, la decisión de los Estados Unidos hubiera necesitado una respuesta más sólida por parte de la Unión Europea y el Consejo de Seguridad de la ONU. A partir de entonces corremos el riesgo de que el Tratado de No Proliferación no sea respetado, con la consiguiente amenaza de una nueva carrera internacional por la obtención del poder atómico. Además, una eventual ruptura del equilibrio interno del régimen iraní, país clave para la estabilidad en Asia Central y el Cercano Oriente, podría y puede aún afectar a la seguridad de los europeos, de manera especial en el sur del continente.

Las dificultades para elaborar y llevar a cabo una política de seguridad y defensa en Europa son coherentes con el deterioro institucional de la propia Unión, asediada por el crecimiento de

los nacionalismos y movimientos xenófobos en buena parte de las naciones que la integran. El aumento del populismo y las manifestaciones contra el sistema en nuestras democracias tienen sus causas inmediatas en el empobrecimiento de las clases medias, con el consiguiente aumento de las desigualdades y el quebranto del modelo tradicional de la sociedad del bienestar. La descomposición a la que asistimos se refleja en las cada vez más frecuentes crisis internas en los países miembros (desde el Brexit hasta el descalabro y desaparición de los partidos políticos centrales en Francia, Italia o España). Al tiempo que el bipartidismo se ve contestado por doquier en la estructura de los Parlamentos democráticos, los viejos imperios y los emergentes encuentran enormes dificultades para organizar con coherencia y normalidad un marco estable de relaciones internacionales. El actual está perturbado por la fragilidad europea, apenas encubierta por sus recientes esfuerzos en la lucha contra la crisis económica generada por el coronavirus.

Diversos Estados de mediano y aun pequeño tamaño toman decisiones que afectan a la paz mundial, o a la de extensas áreas geopolíticas, sin ningún tipo de caución por parte de quienes todavía se creen los amos del planeta y están dispuestos a comportarse como tales. Arabia Saudí, el Irán de los ayatolas, que se siente amenazado, la Turquía de Erdogan, la Rusia de Putin, o el Israel de Netanyahu, contribuyen entre otros a generar esa fragmentación del poder en un escenario en el que resplandece el creciente dominio de los mercados financieros sobre las decisiones políticas de los gobiernos.

En tales circunstancias, el silencio y el pasmo de la Unión Europea frente a la frecuente vulneración de los derechos

humanos en su propio territorio comienzan a ser preocupantes. Las generaciones que no vivieron la guerra ni la posguerra mundial se ven tan frustradas en sus expectativas como sorprendidas por el aparente éxito del capitalismo no democrático en China y los países de su entorno. En el seno de lo que fuera el anterior imperio soviético, la falta de tradiciones democráticas, la corrupción y el fanatismo ideológico, avivado por la irritación popular, están llevando a naciones como Hungría o Polonia a situaciones casi prefascistas, mientras se observan tendencias autoritarias en algunos de sus vecinos. Los eventos recientes en Bielorrusia ponen de relieve que el antiguo sistema de poder comunista no acaba de morir en lo que fueran los predios del Kremlin. Pero también en la Europa democrática crecen la vulneración de derechos fundamentales, los ataques y las amenazas a la libertad de expresión, la persecución y la exclusión de inmigrantes y refugiados que huyen de las hambrunas africanas o de la destrucción de sus países asolados por la guerra. La OTAN, por su parte, se muestra más efectiva a la hora de reprimir la migración ilegal en el Mediterráneo que en su respuesta a los problemas creados por la anexión rusa de Crimea.

Javier Solana, uno de los iniciales negociadores del tratado con Irán roto por el histriónico presidente americano, ha insistido repetidamente en la necesidad de privilegiar las relaciones trasatlánticas de Europa. El atlantismo fue una prioridad para garantizar la paz en nuestro continente tras el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial y frente a la amenaza del expansionismo soviético. Pero sus bases y filosofía solo seguirán teniendo sentido en tanto en cuanto nuestros aliados



de la otra orilla no identifiquen como enemigos de la democracia a todos aquellos que lo son únicamente de sus intereses particulares. Y no les hostiguen.

Ver al presidente de los Estados Unidos envuelto en secretos trapicheos con la Rusia de Putin para lograr su victoria electoral y alinearse entusiasta con el régimen despótico de Arabia Saudí fueron desde un principio serios motivos de preocupación para cuantos creían en el futuro de la democracia representativa y la defensa de los derechos humanos. Valores ambos que constituyen fundamentos esenciales del Tratado de la Unión. De todas maneras, el explicable entusiasmo de Solana por la OTAN puede y debe ser puesto entre corchetes, entre otras cosas, habida cuenta de la política llevada a cabo por el presidente turco. Este se encuentra cada vez más cerca de convertirse en un dictador iluminado con la única misión de recuperar en lo que pueda la existencia de un nuevo imperio otomano, por pequeño que sea. La emergencia de Turquía como potencia internacional en la política de Oriente Próximo, en Libia, e incluso en América Latina, lo mismo que los problemas que genera en el Mediterráneo oriental, son muchas veces contrarios a los intereses de los países con los que permanece formalmente aliada. Sus reiteradas amenazas a Grecia, en disputa ahora por unas aguas territoriales que cubren ingentes reservas de petróleo, así lo ponen de relieve.

Pero no es Turquía el principal problema. Angela Merkel declaró hace años que Europa no puede confiar ya en los Estados Unidos. De confirmarse, nos encontramos ante una quiebra definitiva del orden mundial establecido tras la victoria sobre el terror nazi. Cuestión añadida es averiguar si Euro-

pa puede confiar en sí misma y si será capaz de emprender las reformas ineludibles que garanticen su supervivencia. La hoja de ruta propuesta por el presidente francés ha pasado al olvido tras la reciente decisión de poner en marcha un plan europeo de reconstrucción y resiliencia como consecuencia de la pandemia. Este ha sido un alivio para las economías castigadas por los efectos sociales de la extensión del virus, pero falta por ver si los egoísmos nacionales no acabarán frustrando el empeño. Y si las derivas autoritarias de Polonia y Hungría no terminarán por generar una ruptura añadida a la fuga precipitada de los ingleses.

El plan fue presentado a la opinión pública por el gobierno español como un triunfo de su presidente. No se le puede negar a Sánchez su insistencia, aunque discreta en las formas, para obtener un acuerdo. Pero él y sus portavoces han sido poco transparentes a la hora de explicar sus condicionamientos, todavía en tiempo de negociación durante el otoño de este año, y su efecto real sobre la economía de nuestro país. Es un proyecto a siete años vista y el primer dinero que llegará a los países no será antes de abril de 2021, en forma de anticipos, sobre los planes de inversión que sean aprobados oficialmente por el Consejo. Cabe preguntarse por lo que sucederá con los problemas de liquidez de pequeñas y medianas empresas que hayan acudido a los primeros créditos avalados por el ICO, puestos en marcha al comenzar el estado de alarma, y que deben reembolsar en marzo de 2021. Otras muchas interrogantes se yerguen sobre los condicionamientos reales que se impondrán a España antes y después de recibir los fondos, la vigilancia a la que vaya a ser sometida en el

manejo de las cuentas del Estado, y la capacidad del gobierno de combinar el cumplimiento de su programa, al menos en parte, con la sujeción a las normas europeas.

Hay quien todavía protesta del protagonismo germano-francés a la hora de establecer el nuevo rumbo de la Europa unida, pero en realidad «todo empezó con la reconciliación francoalemana». Así lo escuché muchas veces a François Mitterrand y otros dirigentes de la UE. En tiempos de la memoria histórica las actuales generaciones no han de olvidar que la Europa democrática de hoy, como la España democrática, son fruto de la reconciliación entre enemigos tras terribles guerras fratricidas que causaron cerca de cien millones de muertos en la primera mitad del siglo xx. Me sorprenden por eso las reticencias frecuentes de sectores de la izquierda y el escaso valor que tantos comentaristas atribuyen al hecho de que el futuro del continente se base en un entendimiento explícito entre París y Berlín. Esa fue la semilla de la construcción de Europa y es todavía el vínculo esencial, cuando se trata de defender el futuro en uno de los momentos más difíciles de su historia, caracterizado por el abandono del Reino Unido y la eclosión de nacionalismos de todo tipo.

Las acusaciones de traición al Parlamento europeo que se escucharon desde sedicentes sectores progresistas cuando el candidato socialista a presidir la Comisión fue derrotado en el Consejo por la actual presidenta no tenían ningún sentido y la realidad posterior se ha encargado de demostrarlo. En el ambiente de desconcierto que comenzaba a reinar, frente a la división entre países del norte y de la periferia, puesta luego de relieve con motivo de los planes de reconstrucción, se pre-

cisaba un liderazgo estable y claro para los próximos cuatro años. Algo absolutamente necesario a fin de hacer frente a las veleidades de los euroescépticos, las tendencias autoritarias del grupo de Visegrado y la exaltación nacionalista de la extrema derecha en Francia, Italia, España, y aún en la propia Alemania.

Valéry Giscard d'Estaing, uno de los impulsores más cualificados del proyecto, advertía en su libro *Europa. La última oportunidad* de que el empuje de las identidades nacionales amenaza con desnaturalizar la Unión. Incluso antes de que se produjera la aventura del Brexit, avisaba de la existencia de dos modelos diferentes: el liderado por el Reino Unido que no era y es sino el de una zona de libre comercio con libertad de circulación e intercambios de capital; y el de los fundadores Schuman y Monnet, que avizoraban la construcción de un conjunto económico absolutamente integrado, capaz de competir con el superliderazgo de los Estados Unidos u otras grandes potencias (la Unión Soviética entonces y ahora China). La obra de Giscard acabó de imprimirse coincidiendo con la celebración del referéndum sobre la independencia de Escocia y Cameron no había convocado todavía el que habría de dar lugar a la escisión británica, pero el viejo político francés ya sabía de lo que hablaba.

Los desafíos a los que se enfrenta la Unión vienen pues de antaño. Mucho tienen que ver con la insatisfacción social de los ciudadanos dada la escuálida respuesta de las instituciones a sus demandas. El miedo a la globalización, la crecida

del populismo y la demagogia al uso en prácticamente todos los países miembros están dando paso a la democracia de la indignación. En las últimas elecciones europeas las encuestas arrojaban negras previsiones sobre el aumento de la ultraderecha en el continente. Como la crecida fue en cierta forma limitada, asistimos después de los comicios a la expresión de un optimismo voluntarista por parte de los medios de opinión pública y de los líderes pro-europeos. Conviene poner sordina a su entusiasmo. Que el neofascismo no viera confirmadas sus expectativas no quiere decir que fracasara. Una cuarta parte de los escaños del Parlamento están ocupados hoy por diputados de la ultraderecha, mayoritariamente xenófoba, nacionalista y en cierta medida neofascista; y hasta más de un tercio pueden considerarse afectos a la derecha reaccionaria, dependiendo de cómo se lleven a cabo las sumas y restas de los distintos grupos. Particularmente preocupante es lo que sucede en dos países centrales, fundadores del Tratado de Roma, como son Francia e Italia; en otros de importancia nada desdeñable, antiguos inquilinos del imperio soviético, los partidos gobernantes se han distinguido por su deriva antidemocrática y su falta de respeto a la separación de poderes; por no hablar del triunfo incontestable que obtuvo Nigel Farage en el Reino Unido, aunque la consumación del Brexit y lo sucedido tras el ascenso al poder de Boris Johnson enmarcan la situación británica en una perspectiva diferente. Los intentos del italiano Salvini por aglutinar un movimiento de extrema derecha europea en torno a las diversas formaciones que obtuvieron el triunfo en sus respectivas circunscripciones no fueron coronados por el éxito porque muchas de ellas, a

comenzar por la propia Lega, ahondan sus raíces en un nacionalismo radical, lo que genera diferencias sustanciales. Pero no deben menospreciarse los lazos ideológicos que les unen y que van desde un rechazo frontal a la inmigración hasta un considerable desprecio por los problemas emanados del cambio climático, junto a una cierta resistencia pasiva frente al euro. Si en esto último no van más lejos es porque comprenden las dificultades que supondría el abandono del mismo. Nadie se va impunemente de un sistema de pagos.

En las elecciones europeas los votantes suelen ir a las urnas en clave nacional, sin atender a las necesidades de la Europa unida sino a sus problemas en casa. No existe hoy por hoy un *demos* europeo como tal, una ciudadanía reconocible capaz de protagonizar ese proyecto unitario que es político además de económico, y que exige dosis masivas de solidaridad entre los Estados. Los estereotipos proclamados por los países del norte desarrollado, en el sentido de que sus ciudadanos ahorran para que su dinero lo malgasten los indolentes pueblos del sur, no han dejado de hacer mella en la opinión pública desde la crisis de 2008 y el salvamento de las finanzas griegas. La arrogancia de quienes así piensan se vuelca sobre todo contra los inmigrantes, necesarios por otra parte para poder financiar el Estado de bienestar en una Europa envejecida y acostumbrada a ser beneficiaria de un gasto social cada vez más difícil de atender por los gobiernos.

El reclamo a potenciales salvadores de la patria, se llamen como se llamen, para que aporten soluciones simples a problemas complejos no es por lo demás una característica exclusiva de nuestro entorno. Trump en los Estados Unidos, Putin

en Rusia, Xi en China, Modi en India, Erdogan en Turquía, son otros tantos ejemplos de un nacionalismo rampante y un culto al autoritarismo político como fórmula que se debe explotar para movilizar en los comicios el corazón de las gentes. Es urgente que la Europa democrática, todavía una potencia económica pero ausente de cualquier liderazgo en la batalla tecnológica o en la defensa común, se organice en consonancia con los valores que la alumbraron y que están en riesgo de perecer. Aquellos que defienden la regla de la mayoría con absoluto respeto al pluralismo y a los derechos de las minorías, hoy segregadas, anuladas y repudiadas por un sectarismo nacionalista que conduce a la confrontación.

En ocasión de la renovación de cargos directivos del proceso europeo después de las últimas elecciones, se escucharon toda clase de descalificaciones de las candidatas femeninas que acabaron triunfando. Ursula von der Leyen fue acusada de inexperta y Christine Lagarde de ignorante, cuando menos a efectos de la política monetaria. Coincidió con ellas durante años en multitud de foros internacionales, públicos y privados, y al margen de mis diferencias con opiniones o decisiones suyas nunca aprecié las flaquezas y debilidades que se les atribuían con objeto de impedir su ascenso a las responsabilidades que hoy ocupan.

Von der Leyen tenía un currículum considerable como ministra de Trabajo, de Asuntos Sociales y Defensa en Alemania, una experiencia internacional de primer orden y, a pesar de su acendrada fe católica, un abultado expediente a favor del movimien-

to LGTBI, el matrimonio homosexual y las políticas de género. Nada que la identificara como reaccionaria. La presencia en el Banco Central Europeo de Christine Lagarde, estrecha colaboradora de Chirac y Sarkozy, encumbrada luego por Emmanuel Macron, permitía sospechar, como así se ha producido, una continuidad en las decisiones de Draghi que ha de facilitar la recuperación económica, lejos del fanatismo germánico a favor de la consolidación fiscal. Pero al margen la presencia de estas dos mujeres al frente de los destinos del continente, conviene insistir en la buena noticia del retorno a los fundamentos, puesta de relieve en las decisiones tomadas para la recuperación tras la pandemia y el anuncio de Von der Leyen de promover una transición ecológica más acelerada y eficaz.

Europa solo es posible si se mantiene la hermandad de actuaciones entre los dos colosos cuyo enfrentamiento la arrojó tantas veces al desastre. Del mismo modo, la democracia española perecerá si los herederos de quienes restañaron en la Transición las heridas de la Guerra Civil se empeñan en agitar la confrontación en nombre de sus ideologías y a favor de sus ambiciones. Nos encontramos ante el ejercicio del poder político fundacional frente a la confusión, el fulanismo y el oportunismo de otros agentes menores. Por lo mismo, pese a los avances reseñados, conviene no perder de vista los desafíos. El destrozo de la pandemia ha relegado la atención sobre las cuestiones relativas a la inmigración y los refugiados, las más lacerantes desde el punto de vista de los derechos humanos y el sentido real de la democracia. Aunque haya otras cuestiones muy importantes en el corto plazo, la Comisión no puede seguir mirando para otra parte, como tantas veces ha hecho,



mientras los campos de los sin papeles den testimonio de la vulneración de derechos que nuestros dirigentes perpetrar. Lo sucedido en Moria (Lesbos) es solo un ejemplo más de una política inmoral y culpable.

Las veleidades antidemocráticas de los gobiernos polaco y húngaro; las debilidades institucionales de los antiguos países del bloque soviético incorporados a las libertades tras la caída del muro de Berlín; la definición de las relaciones con Moscú, deteriorada tras los sucesos de Ucrania y Bielorrusia; la incapacidad para hacer frente al histrionismo de Trump y sus dañinas ocurrencias para el desarrollo del comercio mundial, o el posicionamiento en la nueva geopolítica global son asuntos pendientes para la Bruselas comunitaria. No me cabe duda de que el equipo al cargo, si exceptuamos al presidente del Consejo, un apocado liberal belga tan acomodaticio que bien podría figurar en la lista con que abríamos este escrito, está más capacitado, es más relevante, más coincidente con la expresión de los ciudadanos en las elecciones y más capaz de resolver los retos de futuro que el que le precedió. Pero veremos también si es capaz de promover un sentido visionario y menos burocrático del que hasta ahora ha reinado en Bruselas. Además, sobre todo tras las elecciones municipales francesas, que supusieron un descomunal descalabro para Macron, se echa a faltar una presencia adecuada de los verdes, en momentos en que el calentamiento global es una amenaza sentida por la población y despreciada por la ideología reaccionaria y el primo de Rajoy.

Potenciar al Parlamento Europeo como cámara legislativa es una necesidad urgente. El intento de que el Consejo pueda

funcionar como segunda cámara de representación territorial es toda una pantomima, más aún mientras siga funcionando el derecho de veto. Tras años de una acelerada ampliación, insuficientemente debatida, Europa necesita hoy un esfuerzo de profundización. La política de inmigración no puede rendirse a las veleidades xenófobas del populismo nacionalista. La independencia de los tribunales no puede ser boicoteada y burlada por el autoritarismo creciente en algunas capitales, ni limitada la libertad de expresión en nombre de la corrección política. Si existe ya la Europa a dos velocidades, básicamente las de quienes están dentro y fuera del euro, no es admisible que aquellos que avanzan más despacio o dan marcha atrás en función de sus particulares intereses continúen entorpeciendo el progreso del conjunto.

La eurozona tiene que abordar sin complejos los vacíos y contradicciones que afectan a las políticas económicas y fiscales tan divergentes entre muchos de sus miembros. La unión monetaria fue contemplada desde un comienzo como cimiento fundamental para la cohesión política, pero no se logrará si no se dan pasos decisivos en la fiscalidad y la economía. Ha habido cesiones y pasos atrás en las decisiones que comentamos, pero felizmente han prevalecido las necesidades del pragmatismo y la defensa del proyecto. Una lección que deberían aprender los líderes españoles: dejarse de personalismos, abandonar las fanfarronadas y mirar a la cara a sus electores. Si conservadores, socialdemócratas y liberales son capaces de sellar pactos en el continente, aunque susciten críticas y rechazo en sus propias filas, ¿por qué no hacerlo en nuestro país mientras continúan sonando los timbres de alarma?